

La palabra y los talleres...mecánicos

Se produce una metonimia cuando nos expresamos del siguiente modo: “Tengo que llevar el coche al mecánico” porque en realidad, donde lo depositamos es en el taller, espacio ocupado por herramientas, maquinaria, utensilios, aparatos y artefactos de todo tipo, la mayoría un auténtico arcano para “el conductor de a pie”; ahí trabajan los especialistas y profesionales del ramo de la automoción, en concreto, del vehículo que dejamos para su revisión o reparación según el caso.

Y entonces los nervios se nos anudan al escuchar la descripción de síntomas sospechosos y operaciones futuras que van a efectuar para cuya comprensión nuestras neuronas no están preparadas; comienza un trasiego de terminología críptica, un sube y baja emocional como si a una montaña rusa nos hubiéramos subido: alternador, corriente, batería, salpicadero, cigüeñal, manguito, culata, rodamiento, carburador, bomba de aceite, válvula, cruceta, junta, bujía...cada uno de los hemisferios cerebrales y sus cuatro lóbulos comienzan a girar sin control, porque cuesta discernir de qué nos están hablando y a qué hacen referencia mientras observamos, fuera, quieto y mudo el vehículo: atentos seguimos su discurso para averiguar si nos mencionan una táctica militar, o un producto del supermercado, o un diagnóstico sobre nuestra salud o una nueva especie animal en extinción, o el innovador sistema eléctrico importado del extranjero.

Si a todo ese batiburrillo tan habitual y común para los expertos del motor, le sumamos el saludo que nos brindan: “pero, ¡hombre!, no me deje ahí el coche que entonces no puedo sacar los otros, tiene que pasar antes a recepcionarlo”... el miedo se ha apoderado de nuestras entendederas y el colapso mental impide desentrañar el auténtico mensaje; imposible la comunicación. Tan solo esperamos que nos digan la fecha de cuando nos enviarán el presupuesto. Eso sí que lo hemos “pispao”.